

RECUERDOS DE HUSSERL

Jan Patoèka

Presentación del traductor

Los *Recuerdos de Husserl* que Jan Patoèka puso por escrito en el año 1976, muy hacia el final de su vida, son también unas pequeñas memorias de juventud del pensador checo y un bello apunte acerca del singular destino de la fenomenología a poco de iniciarse la década de los años treinta. Las penosas Circunstancias en que, ya bajo el régimen nacionalsocialista, se conocieron y trataron el anciano pensador de origen judío y su último discípulo —de entre los muchos que tuvo, el único que era coterráneo suyo— cobran un perfil peculiar, incluso misterioso, si se piensa que más de cuarenta años después, cuando Patoèka hace la evocación de su maestro, es él mismo quien sufría del gobierno de su país un severo aislamiento intelectual y una persecución política implacable. (Todo lo cual acabaría al año siguiente, 1977, con la muerte de Patoèka tras interminables interrogatorios policiales).

No conviene olvidar, con todo, que Patoèka no sólo contribuyó decisivamente a la publicación fuera de Alemania de las dos primeras partes de *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental* (1936), sino que esta obra postrera de Husserl vino a ser el punto de partida teórico de su original posición filosófica: Patoèka es seguramente el intérprete de Husserl que con más detenimiento y penetración ha reflexionado sobre la fenomenología en su conjunto —la husserliana y la que no lo es— desde la perspectiva decisiva y extremadamente problemática de la filosofía de la Historia. En el trasfondo de este pequeño texto, de lo que en él se narra y del momento mismo en que se narra, se dibujan de hecho varios de los terribles acontecimientos del siglo XX que el filósofo checo tuvo bien

presentes en su reflexión sobre el sentido incierto, quizá definitivamente perdido, de la Historia de Occidente.

Recuerdos de Husserl apareció por primera vez en 1976, en el volumen de homenaje a Patoëka de la serie *Phaenomenologica* (vol. 72) que lleva por título *Die Welt des Menschen - Die Welt der Philosophie*. Los editores de este libro colectivo eran Walter Biemel y el Archivo Husserl de Lovaina. Recientemente el texto se ha reeditado en la monumental obra *Jan Patoëka. Texte, Dokumente. Bibliographie*, cuyos editores son Ludger Hagedorn y Hans Rainer Sepp (Friburgo/Munich y Praga, Karl Alber y Oikoimene, 1999). Algunas de las notas que me ha parecido oportuno añadir están tomadas de esta última edición.

Una y otra vez me han insistido los amigos en que debía poner por escrito mis recuerdos de los años de juventud, en que me fue dado coincidir con varias de las personalidades de la fenomenología. Y es que quedan ya pocas personas que hayan vivido esta última gran época de la filosofía —así sea sólo desde el margen, pero en cercanía física a los creadores—; una época en que, como en la Academia o en el Liceo, se trabajó con máxima intensidad y con la singular conciencia de responsabilidad que exigía una misión histórica.

Yo vi a Husserl por primera vez en el año 1929, en París. Como becario, seguía yo entonces en la Sorbona un curso sobre lógica del profesor Lalande, curso que tenía lugar por las tardes, de cinco a seis —si no recuerdo mal. Cierta día Lalande anunció que teníamos que concluir antes, dado que en ese mismo lugar iba a celebrarse una conferencia del profesor Husserl de Friburgo. Mientras la mayoría de mis compañeros abandonaron la sala, yo permanecí en ella con el corazón acelerado, pues hacía tiempo que consideraba a Husserl *el* filósofo; yo había seguido las conferencias especiales de Gurvitch en la Universidad de París sobre la filosofía alemana actual,¹ y mantenido contacto con el Prof. Koyré, del que sabía que era discípulo de Husserl y que justamente ahora tenía que defender en la Sorbona su gran tesis doctoral sobre Jacob Boehme. Viví así

el nacimiento de las *Meditaciones cartesianas*, proyectadas y pensadas por Husserl como una exposición sistemática de la totalidad de la problemática fenomenológica —por desgracia tan apretada y llena de cosas, que resultaba poco apta para ser presentada en una conferencia. Y sin embargo, de la conferencia y del conferenciante irradiaba algo que movía a la comprensión, que atraía hacia los cursos que tomaba su pensamiento, por desacostumbrados que resultaran: en aquel momento se sentía la necesidad urgente de una nueva fundamentación, de un cambio de orientación de profundidad secular, y uno se encontraba allí con un filósofo que no hacía referencias ni comentaba, sino que tomaba asiento en su taller como si estuviese solo, y despreocupado del mundo y de los hombres se debatía con sus problemas. El éxito de las conferencias fue grande, aunque los maestros de la Sorbona en aquel momento —Brunschvicg, Bréhier, Gilson— no hicieron acto de presencia a causa del idioma, como más tarde me aclaró Koyré. Pero aún veo en mi memoria al viejo Chestov llegándose hasta la cátedra al concluir la conferencia, para felicitar con verdadero entusiasmo a quien con tanta frecuencia había criticado...

Unos días después vi de nuevo a Husserl en la "*soutenance de thèse*" de Koyré. Lo veo todavía bajar la escalera del anfiteatro Louis Liard —en compañía de la Sra. Malvine Husserl y de algunos conocidos— para asistir como un simple espectador más al triunfo de su antiguo alumno. Una vez abajo, se le recibió solemnemente y se le rogó que tomase asiento en el estrado del tribunal. Él tenía entonces setenta años justos y se mostraba lleno de vigor; su aspecto aún no presentaba la delgadez que muestran fotografías posteriores, pero una singular dignidad presidían su actitud y sus movimientos.

Tres años después, tras la superación de mis exámenes de licenciatura y una vez tomada la decisión de dedicarme a la filosofía, una beca Humboldt me llevó hasta Berlín y Friburgo. En el polvorín del Berlín del cambio de año 1932-33, que yo tuve ocasión de vivir, latía ya el comienzo del fin de Europa, y con él un trágico giro en el destino de la fenomenología y de tantos fenomenólogos. En el semestre de verano de 1933, cuando aparecí en Friburgo, Husserl había sufrido ya las primeras decepciones y humillaciones. La Fundación me había entregado una car-

ta de recomendación para Husserl y pronto recibí una invitación de su parte. En la hora indicada, él mismo apareció en la puerta de su casa y me recibió con la más conmovedora amabilidad. No recuerdo ya los términos exactos que empleó, pero hay unas palabras que se me quedaron profundamente grabadas: “¡Ah, por fin! He tenido alumnos de todos los confines del mundo, pero que un compatriota se acercase hasta mí..., eso aún no me había ocurrido”.

Me hizo pasar y exponer mis planes, y me dijo: “Si Ud. viene a mí sin deformaciones de doctrinas filosóficas, sin anteojeras intelectuales, para de verdad aprender a ver, entonces es sinceramente bienvenido. El Doctor Fink hablará con Ud. para ver qué es lo que ante todo le interesa”. Dicho lo cual, se me invitó al té de la tarde y me marché. A la hora del té me encontré por primera vez con Eugen Fink, que era en ese momento el ayudante científico de Husserl y cuyo aspecto físico, noble y espiritual, me impresionó desde el primer momento; se mostró igual de amable que el propio Husserl y pronto pude convencerme de sus excepcionales dotes filosóficas. Además de Fink, nos acompañaban también un japonés y un chino que ya mantenían relación científica con Fink. Tiempo después hizo Fink una caracterización del talante espiritual de cada uno de ellos, pero al cabo de tantos años yo he olvidado sus nombres. Naturalmente hablamos de fenomenología, de la misión espiritual que albergaba —el tema predilecto de Husserl cuando se trataba del concepto mundano de fenomenología. Recuerdo cómo Husserl dijo: “Estamos aquí enemigos jurados”; señalándome a mí ya Fink: “enemigos”; señalando al chino y al japonés: “enemigos”. “Pero sobre todos nosotros está la fenomenología”

Fink me hizo acudir a él, y con posterioridad se refirió a mi persona en términos nada negativos, pues él había recibido encargo de dedicarse con máxima intensidad a mi instrucción fenomenológica —lo que hizo a conciencia. Al mismo tiempo yo iba estudiando los textos husserlianos en el orden recomendado, y tenía consultas casi diarias con Fink, uniéndome de cuando en cuando al “paseo filosófico” que Husserl solía hacer todos los días con Fink y en que comentaban los resultados de los trabajos en curso.

Dentro de lo peculiar de estas conversaciones entraba el que uno mismo fuese tomado en seguida como interlocutor en el sentido más estricto del término —sin duda un interlocutor con menos experiencia, pero precisamente por ello como alguien a quien poder convencer. Esperaban de uno objeciones y observaciones, que eran bienvenidas, y si no las había, los silencios o las vacilaciones les servían para percatarse de ellas. Y así surgía de repente, en los lugares en que uno se encontraba entre perplejidades, una problemática insospechada, que el nuevo cuestionar había abierto.

Por aquel tiempo Husserl y Fink se ocupaban sobre todo de la problemática de la reducción fenomenológica como llave del idealismo fenomenológico trascendental. Fink se inclinaba a interpretar este idealismo como creador, y destacaba las analogías con el idealismo alemán, del que era un extraordinario conocedor, mientras que Husserl no dejaba nunca de remitir a la significación del empirismo inglés, al que debía gran parte de su formación. Pero Fink y Husserl insistían siempre por igual en que uno debía concentrarse sobre un problema concreto, singular, para desde él llegar a comprender y a aprender el significado general del método fenomenológico —de cuyo alcance total sólo mucho más tarde me hice idea. Lo que en el caso de Fink imponía singularmente era su arte de preguntar, que parecía no tener nunca fin. Había en ello un innegable parecido con Heidegger, y sin duda la confrontación no temática con este pensador estaba constantemente produciéndose en Fink.

Husserl, por su parte, subrayaba en toda ocasión lo inconciliable de su perspectiva con la de Heidegger. El intento de sintetizar ambas está condenado al fracaso —advertía Husserl, y hacía alusión a los jóvenes que una y otra vez habían intentado una síntesis tal, para verse siempre en un callejón sin salida. Acaso justamente en esto le haya sido fiel el propio Fink, quien abandonó por entero los caminos de la fenomenología trascendental-reflexiva cuando trató de acercarse desde el punto de vista del todo a los problemas de las grandes totalidades: espacio, tiempo, mundo. Husserl, en cambio, llegó incluso a ponerme en una ocasión ante la opción de, bien seguir los cursos de Heidegger, bien proseguir mis consultas con él y con Fink; aunque entendió perfectamente mi referencia a mis

obligaciones como becario y dejó estar la situación. Por lo demás, la impresión que yo había alcanzado acerca de la vasta problemática de la investigación husserliana era tan fuerte que apenas me quedaban ni tiempo ni energía para trabajar sobre Heidegger.

De Heidegger nunca habló Husserl con menosprecio, sí críticamente, pero reconociendo sus dotes geniales. Mas para Husserl las dotes eran una fuente de obligaciones antes que un valor en sí. Él siempre se había visto rodeado de hombres altamente dotados, y un modelo era el propio Fink. En cierta ocasión describió la primera aparición de Fink en sus cursos: un estudiante en el cual repara, dado que escuchaba las lecciones sin tomar una sola nota, y así clase tras clase. “Bonito cuadro”, cuando le toque comparecer a examen —pensó para sí. Pero el día del examen ese estudiante lo expuso todo cual si lo estuviera leyendo de un libro. Hay que pensar, pues, en Platón, que consideraba una memoria perfecta como la primera condición de un ingenio filosófico.

Rara vez el estudiante ve en el maestro venerado a un hombre con pre-ocupaciones, con sufrimientos, en dificultades humanas. Aquellos dos filósofos llevaban una vida que para mí en aquel momento resultó una completa novedad; parecían no preocuparse de la opresiva realidad política que los rodeaba y que *nolens volens* determinaba sus destinos; ellos tenían una misión a la que entregaban fervorosamente sus vidas, y yo tuve así un primer ejemplo de cómo una vida espiritual en el auténtico sentido puede, pese a todo, fructificar fuera de la existencia oficial. Lejos de mí en aquel tiempo el reparar en las graves preocupaciones de Husserl acerca del destino de su obra, de ese ingente, diligente trabajo de cada día, de cada hora. No sabía yo que un día tal preocupación me tocaría de cerca.

Al despedirnos, Husserl me remitió para la continuación de mi formación a su antiguo ayudante Ludwig Landgrebe, que por esas fechas aspiraba a una plaza de profesor en Praga, en la Universidad alemana con el Prof. Oskar Kraus; Landgrebe, como colaborador suyo que había sido durante años, me sabría dar cuenta de manera sobresaliente acerca de todos los problemas de la fenomenología trascendental. Pero en Praga ocurrió algo más. Pues de Halle había vuelto a su antigua patria Emil

Utitz, un hombre de amplios horizontes, de un gran sentido para captar posibilidades culturales, y un organizador de primera fila.² Antiguo alumno de Brentano, Utitz carecía de comprensión para la esfera trascendental, por lo cual ponía el acento en la vertiente concreta y analítica del pensamiento de Husserl. Utitz concibió un grandioso plan de convertir a Praga en un centro de estudios fenomenológicos. Según el modelo del ya mundialmente famoso Círculo lingüístico de Praga, había que crear también un Círculo filosófico, en parte con los mismos miembros que el lingüístico y en contacto con él. Y así, poco después de la fundación en 1934 del *Cercle philosophique de Prague pour les recherches de l'entendement humaine* por parte de los profesores de ambas facultades de filosofía: Utitz y J.B. Kozák, resultó que a mis conversaciones filosóficas semanales con Landgrebe —quien se reveló un maestro de no menor liberalidad que la de Fink—, en que los problemas husserlianos eran los dominantes, se sumaron las reuniones públicas del *Cercle* con un programa mucho menos exclusivo.

Hoy sabemos por los fundados trabajos de Elmar Holenstein lo mucho que los lingüistas praguenses sin excepción debían a las *Investigaciones lógicas*, gracias sobre todo a la mediación del más genial de entre ellos: Roman Jakobson. Este hecho, sin embargo, no les era patente a todos ellos por igual; entre los checos, lo era sobre todo para Jan Mukarovsky. Y el que tales paralelismos teóricos no fueran sistemáticamente cultivados se cuenta entre las muchas posibilidades de la vida espiritual de aquella Praga que quedaron sin aprovechar. En todo caso, Landgrebe, que se había habilitado con un estudio sobre los problemas de la filosofía del lenguaje de A. Marty, sí se dejaba ver activamente por el Círculo lingüístico, Y Mukarovsky tomó parte en nuestras reuniones. La capital del país estaba entonces tan llena de estímulos y contactos intelectuales que apenas si era posible atender a todos en profundidad. Ahí estaba la escuela de Brentano, en una versión notablemente endurecida, pero prosiguiendo siempre una tradición de la que procedía la doctrina husserliana de la intencionalidad de la conciencia. Y había también seguidores menos dogmáticos de esta línea, como los amigos de Kafka: Brod y Weltsch, que estaban muy abiertos a los trabajos de análisis. Hacia los representantes

del Círculo de Viena se mantenía en general cierto distanciamiento, pero también ellos estaban en Praga, representados señaladamente por Philipp Frank y por Carnap, y dejaban sentir su influencia sobre algunos lingüistas y filósofos. La “teoría pura del Derecho” de Kelsen y Weyr tenía poco que ver, claro está, con la fenomenología, aunque Kelsen siempre habló con respeto de Husserl y se dejó ver por el Círculo. Otra posibilidad de contacto intelectual la ofrecían los psicólogos de la escuela de Lindworsky. Pues bien, abarcando todo ello sobre la base de una teoría fenomenológica entendida en un sentido amplio al estilo de *Investigaciones lógicas*, Uitz pensaba poder articular una comunidad de investigadores dedicados a las ciencias del espíritu; comunidad que debía dejar margen de independencia a los individuos, pero que había de tener el suficiente carácter propio como para diferenciarse hacia fuera con suficiente nitidez.

Una ocasión para la fundación del Círculo la ofreció el Congreso de Filosofía del año 1934 en Praga. El Congreso estaba organizado por E. Rádl, el conocido filósofo checo e historiador de las teorías biológicas. Rádl era un espíritu sumamente peculiar, cuya personalidad impresionaba y descollaba, para nosotros sus estudiantes, por sobre el resto de los profesores locales, y cuyo significado, visto retrospectivamente, ha seguido creciendo. Este peculiar filósofo de la vida y alumno crítico de Masaryk concebía la filosofía como análisis ético-metafísico de los problemas de la Humanidad en el presente, y dio en la idea de articular el Congreso en torno al problema de la crisis de la democracia.

Tan elevado propósito vino, sin embargo, a fracasar. Los filósofos soviéticos no aparecieron, los alemanes enviaron a Hellpach, Heyse y otros parecidos, que no hicieron contrapeso a los neutrales como Nicolai Hartmann;³ el “defensor” francés de la democracia, el senador Barthélémy, se desenmascaró más tarde como un antidemócrata —nada raro que los italianos estuvieran tan amables con él. Así, lo que originariamente era secundario en el Congreso se convirtió en principal; el Congreso fue la primera aparición conjunta del Círculo de Viena, que ante la derrota de los vitalistas del momento (Driesch mismo estaba presente) hizo públicas sus tesis antimetafísicas. E inesperadamente, en virtud de esta comparecencia de lo no oficial junto a las delegaciones oficiales, en virtud de

los desafíos de un pensamiento que se desentiende de encargos políticos controlables —todo lo cual encarnaba en concreto el espíritu democrático—, se hizo realidad el propósito fundamental de Rádl. A ello contribuyó también la carta de Husserl al Congreso, que versaba sobre la misión universal de la fenomenología —uno de los avances de la problemática de *La crisis*. Desde Polonia aparecieron asimismo por Praga importantes personalidades: Ingarden cruzó armas con los neopositivistas en el Congreso, y fue la primera vez en que yo tuve ocasión de escuchar y de hablar con este estudioso y crítico, extremadamente fino, del trascendentalismo husserliano. Todo ello resultó la ocasión concreta para la fundación del Círculo, a lo que se sumó un motivo de gran importancia, que Utitz, con su agudo sentido para lo necesario, captó como una de las misiones capitales que promover desde el Círculo, y a la vez como una de sus legitimaciones capitales. La misión no era otra que la gran preocupación de Husserl, la preocupación por su legado científico. El Prof. Kozák, que era diputado del Parlamento checoslovaco, se encargó de conseguir fondos y obtuvo una primera financiación, ciertamente modesta pero suficiente para empezar. Se concretaron entonces los planes para hacerse cargo del material estenografiado existente y para asegurarlo mecanográficamente.⁴ Se concibió al mismo tiempo la idea de invitar a Husserl a una conferencia a Praga. Y yo, que ejercía como secretario checo del Círculo (el secretario alemán era un joven pedagogo de la Facultad de Filosofía, el profesor Kurt Grube), acepté entusiasmado el encargo de visitar a Husserl en las Navidades de 1934 para hacerle entrega de la invitación.

Los desvelos de Husserl por la suerte que podía correr su trabajo científico más esforzado venían de antiguo. El origen en el tiempo de su preocupación coincidió con el predominio de la dirección heideggeriana en el seno de la fenomenología. A lo que se añadieron, después de 1933, los temores de orden político, para los que había fundamento de sobra. Husserl se había convertido en un “exiliado interior” en su país, y ya no podía esperar ninguna protección de parte de instancias públicas. En tales circunstancias, ni el Círculo de Praga ni la propia Checoslovaquia constituían, claro está, aliados demasiado poderosos, pero sí eran un rayo de

luz en una oscuridad que parecía sin esperanza. Sentir una misión filosófica y también humana de auténtica grandeza, como impulso que anima toda una vida de trabajo, y tener luego que contemplar cómo el destino de ese trabajo es una botella arrojada al mar: tal era año tras año su permanente aflicción. Por entonces todo ello se veía más como una enorme anomalía; lejos aún el pensamiento de que un destino como aquél pudiera estar adelantando —abstracción hecha de la grandeza de la misión— lo que en un tiempo próximo iba a suceder a los intelectuales de gran parte de Europa, e indirectamente de todo el mundo. Se vivía aún con una sensación de relativa seguridad: Alemania estaba aislada, y las debilidades morales del núcleo político decisivo de la Europa occidental no se habían manifestado —¡tampoco las nuestras!— de la manera tan patente en que lo harían unos años después. Se creía que aún había fundamentos para poder alentar esperanzas y concebir planes. En este ambiente se pasaban por alto las voces de los refugiados que daban noticia del gigantesco rearme del régimen hitleriano, como la de mi amigo berlinés J. Klein, que de camino hacia América disertó en Praga sobre historia del álgebra.

La vinculación de Husserl con su antigua patria era débil, pero pervivía un motivo de notable intensidad: su relación con la personalidad de Masaryk. Durante mi estancia en Friburgo en la Navidad de 1934, la conversación giró con frecuencia en torno a Masaryk. Husserl recordaba con agrado el año de estudios que ambos compartieron en Leipzig, la convivencia en casa de los Göhring, la Sociedad Filosófica de Leipzig —así como también el que fuera Masaryk quien le animó a ir a Viena a estudiar con Brentano. Husserl sabía de lo mucho que había hecho Masaryk por el Archivo Brentano y por ello tenía alguna esperanza puesta en él. “Filosóficamente no significa mucho, pero como personalidad moral es único”—tal era su opinión. También recordaba cómo Brentano había dicho de Masaryk que de entre sus alumnos era el que se había interesado ante todo por las consecuencias prácticas de las doctrinas filosóficas.

En Nochebuena recibí de Husserl un regalo extraordinario. A primera vista no muy aparente —un trozo de madera de color marrón claro—, se reveló como un sencillo atril de lectura, para disponer sobre él el libro de

estudio. Era el atril que, al partir de Leipzig, Masaryk le había dejado al joven matemático que se interesaba por la filosofía, y que éste había conservado desde finales de la década de los setenta —en memoria fiel del amigo. Me convertí así en el heredero de una gran “tradicción” de la que nunca me he sentido suficientemente digno. Cuando Husserl supo que yo no había tenido aún oportunidad de hablar con el entonces Presidente de la nación, medio asimismo una carta personal para entregársela al propio Masaryk —lo que por desgracia no pudo ser, ya que muy pronto en el año 1935 Masaryk enfermó. La carta sí fue entregada en el Castillo Lana a su secretario, y yo, como su portador, fui recibido con todos los honores; pero ya no había posibilidad de una recepción —infortunio que más tarde se repitió con Husserl durante su visita a Praga.

También Eugen Fink se encontraba de nuevo en Friburgo, y pudimos reanudar conversaciones al estilo del año anterior. La Navidad fue tan suave —en el Schlossberg habían empezado a florecer las forsitias— que había la tentación de proseguir el paseo filosófico hasta cerca de San Gtilio. También Hans Lassner había venido de Viena, e hizo muchas fotos de Husserl, unas fotos pequeñas y bellas que luego circularon por aquí y por allá. En esta Navidad fue cuando se acordaron los viajes de conferencias de Husserl a Praga y a Viena.

En mayo habló Husserl en Viena, y en noviembre en Praga a invitación del Círculo: fue el momento culminante de la actividad y la existencia del Círculo. El gran pensador llegó a Praga, como antes a Viena, dispuesto a hablar de la problemática acuciante del presente, pero de una manera aun más profunda y original, ya que por primera vez todo descansaba sobre el problema del mundo de la vida, siempre omitido. Bajo la crisis que se había desencadenado en la ciencia —pese a todos sus éxitos—, se veía surgir en la conferencia el problema de la razón y la crisis de la Humanidad; se volvía la vista hacia una crisis de la Ilustración que con el paso de los siglos se ahondaba más y más, y que no había de superarse abandonando la razón sino conquistando una cota aún insospechada de racionalidad y de ciencia. ¡Qué contraste con las conferencias de París en que la concepción se desplegaba en el puro empíreo de un pensar que construye de nuevas, mientras que aquí una voz clamaba por la con-

versión, una voz que traía el mensaje de la filosofía a una Humanidad en extremo peligro! Husserl dio una conferencia en la Facultad de Filosofía de la Universidad alemana, otra en la de la checa; improvisó luego una sesión en el seminario de Utitz y otra más entre los checos del *Cercle Linguistique*, donde el anfitrión fue en realidad Roman Jakobson. Era cosa de recordar, ahora de nuevo, la antigua escena en que se dijo: “enemigos, pero sobre todos la fenomenología”. El éxito volvió a ser enorme; la impresión que produjeron la persona de Husserl y la energía solitaria de su pensamiento fue extraordinaria. Nunca antes y nunca después vio nuestro *Auditorium maximum* un acontecimiento como aquél. Nunca nadie habló tales palabras entre nosotros, nunca el espíritu de la filosofía conmovió con tal inmediatez.

Amigos del filosofar husserliano vinieron de Viena a Praga para escuchar a Husserl y para participar de la común preocupación por el pensador y su obra. Fritz Kaufmann y Alfred Schütz departieron con Husserl, e incluso trazaron planes, demasiado ambiciosos, de cara a un posible traslado del pensador. Había llegado, pues, el momento de ponerse a trabajar sobre los escritos estenografiados. Landgrebe partió para Friburgo con el propósito de, conjuntamente con Fink y Husserl, elaborar un cuadro general de la situación y trasladar material a Praga. Sobre sus hombros recayó el grueso del trabajo —como volvió a ocurrir luego, con la preparación de la edición de *Experiencia y juicio*. El *Cercle* inició un ciclo de conferencias sobre la esencia del espíritu, que al igual que la primera parte de *La crisis* apareció en la revista belgradense de refugiados *Philosophia*, que dirigía Arthur Liebert. Estaba también en preparación, con tiempo suficiente, una aparición conjunta en el *Congrès Descartes*, previsto para 1937 en París.

Pero entre el Congreso y nosotros se interpuso el año de oscuridad de 1936: ocupación de Renania, vuelco en la situación política a consecuencia del rearme alemán, guerra civil española. Desde este momento empezó a sentirse cómo el huso de ananké giraba hacia el sinsentido. En nuestro país reinaba la crisis y crecía la tensión política; aunque todavía se seguía teniendo esperanzas y se trabaja con empeño. Durante su estancia en Praga, Husserl me había urgido a terminar mi habilitación. El escrito, que trabajaba temas husserlianos, en especial el tema del mundo de la

vida, quedó listo en 1936.⁵ También los trámites ulteriores de la habilitación se desarrollaron con normalidad en 1937.

Lo que ya no discurrió con normalidad fue la vida del Círculo. Un día nos abandonaron todos los alemanes no judíos y no emparentados con judíos. La propia presidencia del Círculo tenía que ser renovada, y la presión externa sobre la República se hizo notar hasta en cuestión aparentemente tan minúscula.

La aparición del *Cercle* en París no fue un éxito brillante, aunque sí constituyó una primera aparición internacional de un grupo fenomenológico, un primer simposio fenomenológico. Con la ciudad envuelta en una atmósfera incierta —que se manifestó externamente en la desorganización de la Exposición Universal—, salí de París hacia Friburgo con intención de ver y de informar a Husserl. No sospechaba que iba a ser mi última ocasión de hablar con él.

Ya antes del Congreso se habían producido pérdidas muy penosas: muerte de Masaryk, desmoronamiento de Rádl.⁶ Pero ahora encontré a Husserl, el hombre del coraje incommovible para la claridad, en un estado de ánimo no menos penoso. Él sabía de la contrariedad terrible de la situación, y no se hacía ningún tipo de ilusión: el sueño checoslovaco ya se había soñado;⁷ la obra de su vida quedaba otra vez librada a las tinieblas; para su país no veía ninguna esperanza. Hablaba con mesura y prudencia, pero en un tono totalmente distinto de aquel al que estábamos acostumbrados, en el tono que le dictaba la fría ponderación de la situación. No es que predijera nada, y ciertamente no el depravado desenlace posterior, pero todas las eventualidades parecían desesperadas para su trabajo filosófico. Claro que entretanto no cabía más que proseguir la tarea. El último día de mi estancia, al llamar por teléfono, supe por Malvine Husserl que él se había resbalado en el baño y se había lesionado seriamente. No hubo ya ocasión de despedirme. Aquél fue el accidente a partir del cual se desarrolló la fatal pleuresía de la que ya no se recuperó. En mi camino de regreso hacia la frontera bohemia había tropas por todos lados, multitud de unidades motorizadas. A Husserl le fue ahorrado vivir la anexión de Austria (y *a fortiori* la catástrofe checoslovaca).

Por la narración de la hermana Adelgundis Jaegerschmidt se ha sabido cuán penoso resultó ese final, tanto por el dolor físico como por el desasosiego de la amenaza sobre la obra de su vida.⁸ Eugen Fink ha relatado, no obstante, cómo cierto día se llegó a un límite en el que Husserl ya se apartó por entero de estas cuitas mundanas —las más arduas por ser las más espirituales— y miró enteramente en otra dirección, y cómo ello le trajo alivio. Cabe quizá conjeturar que este quedar libre para la muerte fue una suerte de desprendimiento por su parte.

Sobre su tumba Eugen Fink pronunció las palabras de despedida.⁹ Dado que yo había asumido entonces, durante medio año, la edición de la revista filosófica checa *Ceska Mysl*, pude ofrecer una traducción de ellas. El Círculo organizó asimismo un encuentro en memoria del maestro de la fenomenología, en el cual Langrebe y yo mismo tuvimos ocasión de hablar. Por estas fechas la editorial Marcus de Breslau se había trasladado precisamente a Praga, y quiso asumir la edición de escritos que salieran del Círculo. El folleto con los discursos en memoria de Husserl fue el primer número de la serie de publicaciones. El segundo, la edición de Landgrebe del texto *Experiencia y juicio*. El libro apareció poco antes de la ocupación de Praga por las tropas de Hitler, y la tirada, salvo algunos ejemplares, fue en seguida incautada y destruida. Después de la guerra pude yo hacer llegar a Landgrebe un ejemplar para la nueva edición.

No entraré aquí a describir el final, la disolución del Círculo y la interrupción de su actividad. Es ya otra historia: la de la separación de los amigos, el aislamiento. Mejor será poner sobre esta sombría estampa algunos acordes más claros. Pues poco después del Pacto de Munich apareció por Praga el salvador con quien nadie había contado, con quien el propio Husserl nunca contó dado que nunca lo había visto.¹⁰ De este hombre, Herman Leo Van Breda, puede decirse sin exageración que puso su vida a la causa de Husserl, que incluso la sacrificó a ella. Él mismo ha relatado cómo llegó a salvar la obra de la vida de Husserl.¹¹ Pero en realidad hizo mucho más: llevó a Fink y a Landgrebe a Lovaina, organizó el trabajo del Archivo-Husserl, no dejó de incorporar nuevos y nuevos colaboradores, hizo accesible el pensamiento de Husserl a otros pensadores —a los pensadores franceses ya durante la guerra—, protegió du-

rante toda la guerra, con grave riesgo de su propia persona, a la Sra. Malvine Husserl. En suma, salvó a Husserl para la época de la posguerra e hizo accesible su obra al mundo filosófico. También nuestros propios desasosiegos los ha asumido Van Breda, y él ha llevado a término una empresa que ninguna otra institución sin su disposición al sacrificio y sin su ejercicio personal de conciencia habría siquiera concebido. Después de la guerra la situación entre nosotros no sólo ya no fue propicia para una edición de Husserl, sino que tal cosa era sencillamente imposible.

Traducción de *Agustín Serrano de Haro*.

NOTAS DEL TRADUCTOR

1. Se refiere al pensador ruso nacionalizado francés George Gurvitch, cuyas conferencias especiales o “cursos libres” en la Sorbona entre 1928 y 1930 se publicaron resumidos bajo el título *Tendences actuelles de la philosophie allemand*. (La obra se tradujo rápidamente al español: Nuevas tendencias de la filosofía alemana, Madrid, Aguilar, 1931.)

2. Utitz, que también era judío, había tenido que abandonar su cátedra de filosofía en la Universidad de Halle.

3. En las Actas del Congreso aparece J. E. Heyde, no el filósofo nazi Hans Heyse.

4. Husserl redactaba sus manuscritos en un antiguo sistema taquigráfico alemán (estenografía Gabelsberger) que el pensador había adaptado a sus necesidades de reflexión y expresión y modificado para su propio uso.

5. El escrito de habilitación lleva por título *El mundo natural como problema filosófico*. Se reeditó en Praga en 1970, con un apéndice “El mundo natural” en las reflexiones del autor treinta y tres años después.

6. Masaryk, que en 1934 había ganado por tercera vez las elecciones a la Presidencia de la República, tuvo que abandonar el cargo al año siguiente a consecuencia de la enfermedad que le llevaría a la muerte en septiembre de 1937. Una penosa enfermedad retiró asimismo de la vida pública a Rádl, quien fallecería en 1942.

7. La frase refleja un famoso apunte husserliano de 1935, en que a propósito de la idea de la filosofía como ciencia estricta el filósofo dice que “el sueño ya se ha soñado” (*La crisis de las ciencias europeas*, Husserliana VI, p. 508). El sentido de la expresión husserliana ha dividido a los intérpretes, y no es del todo claro que signifique, como sí lo hace, en cambio, la de Patoëka, que la empresa había fracasado.

8. “Gespräche mit Husserl” [“Conversaciones con Husserl”], en: *Stimmen der Zeit* 199 (1981).

9. Pueden leerse en *Perspektiven der Philosophie 1* (1975).

10. El Pacto de Munich tuvo lugar, como se recuerda, en septiembre de 1938. Los primeros ministros de Francia (Daladier) y Gran Bretaña (Chamberlain) firmaron con Hitler y Mussolini la segregación de los Sudetes (parte norte de Bohemia y Moravia, de población mayoritariamente alemana) de la República checoslovaca y su anexión al Reich alemán. Checoslovaquia no tuvo voz en el acuerdo de su desmembramiento, y el Pacto significó de hecho su fin como Estado independiente: así se consumó en la primavera de 1939 con la ocupación de Praga por las tropas hitlerianas y la creación del Protectorado alemán de Bohemia-Moravia.

11. Die Rettung von Husserls Nachlass und die Gründung des Husserl-Archivs” [“El rescate del legado de Husserl y la fundación del Archivo Husserl”], en: *Husserl et la Pensée Moderne (Phaenomenologica 2)*, La Haya, Martinus Nijhoff, 1959.